



Osvaldo Nereo Depratti
29/06/49 - 29/12/77

OSVALDO

¿Cómo se duela a un amigo desaparecido?

*Sobre el texto de Silvia Basañez

Si hemos debido pensar durante tantos años cómo se podría duelar a un hijo, cómo se podría duelar a un padre, a un hermano, si hemos debido intentar comprender algo acerca de ese duelo imposible que impone una desaparición, ¿estaremos hoy un poco más cerca de comprender lo que le ha pasado a un amigo que pierde a otro amigo? ¿Hemos sabido acompañar siempre a los amigos que perdieron a un amigo?

Leo en estas páginas escritas por Silvia dos registros. Uno de ellos dirigido a nosotros, los lectores, y otro que dialoga con Osvaldo, como si algo hubiera quedado sin decir, quizás como siempre ante la muerte, pero esta vez en una soledad difusa, sin entidad reconocible.

Hablamos de una soledad particular que irrumpe cuando se pierde un amigo, quizás porque no hay testigos de esa intimidad, no hay testigos de lo compartido, de los secretos que se pierden en esa pérdida. Porque no hay nadie que sea igual a ese amigo. ¿Adónde se podrá depositar el anhelo de reciprocidad que define a ese destino del amor que es la amistad? ¿Habrá algún otro para quien yo sea acaso parecido a ese otro que fui para el amigo perdido? ¿Acaso podríamos suponer que si hay «amigos», así, en plural, y no en el singular de «hijo», «hermano», «padre», ese plural podría ayudar a recubrir el dolor de esa pérdida, como si fuera posible alguna clase de sustitución?

Silvia escribe acerca de Osvaldo «*para dar cuenta de quién fuiste*» (le dice, nos dice...). Silvia, esa amiga no tan cercana, unida a él por un afecto mutuo, necesita contarnos quién fue, y no necesariamente desde la construcción de una figura épica, sino desde su mirada adolescente, cariñosa, cotidiana.

¿Cuántos jóvenes han muerto para proteger a un amigo, por no dejarlo solo? ¿Cuánto de esta particular clase de amor que muchos encontraron en sus compañeros fundó una idea de solidaridad, de capacidad de protección del otro? ¿Cuánto de esta clase de amor constituyó pertenencias políticas, formó parte de las decisiones, de los destinos de cada uno? Pero también... cuánta reciprocidad imposible, cómo devolver vida por vida, cuánta desproporción, cómo hacer para que algún cálculo se ajuste a la idea de equivalencia cuando lo que se juega es la vida. Cómo calcular cuál es el don, cuando la muerte interrumpe tan tempranamente la cadena donante.

J. Derrida escribe «la amistad se funda en verdad para protegerse del fondo o del sin-fondo abismal».

Es indagando sobre los restos de ese fondo abismal del que la amistad no pudo protegerlos, pero también conjurándolo, suprimiendo algo de ese abismo, que Silvia recupera con sensibilidad sus recuerdos y también los de los amigos de Osvaldo, los de su hermana, su hijo, el que fue el padre de su compañera Manely. La última vez, el último saludo, la transgresión compartida, los juegos, los secretos. Osvaldo crece desde esa mirada adolescente de sus amigos, y todos crecen a la fuerza: de pronto ya no hay más lugar para juegos.

En la historia de Osvaldo y en la escritura de Silvia encontramos una triple hospitalidad. La hospitalidad que Lincoln le brinda al «extranjero», al que viene de afuera, alojándolo, ofreciéndole pertenencia, ofreciendo lazos. La hospitalidad que nuevamente ofrece Lincoln cuando decide incluir su semblanza en este libro. Y la hospitalidad de Silvia que tomando como punto de partida sus propios recuerdos construye una trama con muchos otros recuerdos.

Nadie habla por él en este texto, y eso resulta extraordinariamente valioso. Hablan de él, sí, y también le hablan a él; y entonces este texto es nada más y nada menos que un testimonio de los recuerdos; y Osvaldo es en cierto sentido aquella imagen que podemos tejer con la trama y la urdimbre que – gracias a Silvia – todas estas voces nos brindan.

Mariana Wikinski.

Psicóloga. Miembro del Equipo de Salud Mental del CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales). Miembro de la Comisión Científica de la Asociación Colegio de Psicoanalistas. Autora del libro *«El trabajo del testigo. Testimonio y experiencia traumática»*. Co-compiladora del libro *«Clínica psicoanalítica frente a las catástrofes sociales»*.

Oswaldo Nereo Depratti, nació el 29 de junio de 1949 en Junín, provincia de Bs. As. Fue secuestrado por fuerzas de seguridad en la vía pública en San Martín, Bs. As., el 29 de diciembre de 1977. Continúa desaparecido...

Un grito enmudecido brotó de las entrañas con dolor e impotencia; el amor cruzó el aire, los campos, calles y puertas en la desesperada tarea de encontrarte. No calló hasta hoy. Con la misma fuerza manifiesta la verdad y pide ¡Justicia!

Mi memoria intenta recuperarte convocando a otros para dar cuenta de quién fuiste, una manera de decir: ¡Estás presente! ...

Te busco en primavera cuando te conocí, en el pueblo que nos vio florecer, bajo el cielo claro y extendido de la pampa, de horizonte inalcanzable como eran nuestras ilusiones... En primavera, tiempo de lluvias ligeras, de olor a tierra mojada, tardes soleadas... Te busco entre las acacias altas de tu cuadra, en el camino largo a la escuela con aroma a madre selva. Busco tu figura delgada como mimbre joven, tu rostro bello, su sonrisa amable y esa bonhomía pícaro en tus ojos marrones...

Te busco en el nido cálido del que volaste...

La familia Depratti oriunda de la localidad de Junín, se establece en Lincoln en el año 1963 cuando el padre, Rubén Héctor Depratti es contratado como técnico mecánico en una fábrica local de secadoras. La madre, María Luisa Di Pierro, se ocuparía de la casa y el cuidado de sus hijos en edad escolar: Osvaldo Nereo y Marta, su hermana.



El grupo familiar, muy parecido a tantos, de tradición cristiana, papá metodista y mamá católica, papá peronista y mamá radical, armonizaban esas diferencias en un clima de respeto. Cuenta Marta: «*Para mis padres no fueron un problema sus*

diferencias, se acompañaban a las respectivas iglesias» (sic). Con ese criterio humanista basado en la fraternidad y solidaridad criaron a los hijos. Los chicos no fueron religiosos practicantes, aunque Osvaldo fue monaguillo en Junín cuando era muy pequeño y la familia era vecina y amiga del sacerdote de la Iglesia San José. Cursó la primaria en esa ciudad.

Osvaldo Nereo con 14 años casi, comienza el 2º año en la Escuela Normal «Abraham Lincoln» donde cursará el resto de la secundaria para egresar como Bachiller en 1966. Prontamente, el adolescente de apariencia tranquila y discreta, va integrándose al nuevo lugar, cosecha amigos en diferentes grupos y es admirado por todas las chicas de su edad. Entre ellas se destacaba por la amabilidad y respeto, «bajo perfil» y al mismo tiempo, por su simpatía. «Un buen chico», decían las madres y «él sabía aprovechar esa imagen de santito», comenta la hermana.





Te busco en la escuela grande, en el rincón del piso superior de donde salen las risas... Son años de compañeros, picardías, serenatas y fiestas estudiantiles... Tu juventud amable, respetuosa y ocurrente. En el recuerdo de amores que embellecen la mirada... En la esperanza por un mundo mejor y las contradicciones con cuanto te rodeaba...

Su grupo de compañeros en el Bachillerato era pequeño, once alumnos, sólo dos mujeres. Una de ellas, Norma B. me cuenta de él y me trae fotos del grupo. Cuenta que recuerda al «Flaco» como muy ocurrente y divertido: «*Teníamos compañeros fanáticos del automovilismo, a él también le gustaban las carreras de Turismo Carretera a donde solían ir en los fines de semana. Osvaldo organizaba el campeonato en el curso entre los partidarios de Chevrolet y los de Ford por una bandeja de masas finas de la mejor pastelería de la ciudad, «La Reina» que después comíamos los lunes en el curso. No se si a él le gustaban tanto las carreras como generar estas competencias y hacerles pagar con las masas... Hasta invitaba a los profesores más serios.*»

Marta su hermana confirma que le gustaban las carreras de automóviles y en el fútbol era hincha fanático de Boca Juniors.

Sin embargo, excepto en los primeros años de vida, el «Flaco» nunca demostró tener interés por la práctica de deportes.

Para estos años, los compañeros comenzaron a llamarlo Nereo, forma que al principio no le gustaba y sin embargo después fue su más marcada identificación.

«Nunca lo vi estudiar pero sabía de todos los temas, podía conversar horas con los profesores de todas las materias, ¡era muy inteligente!, siempre pensé que iba a ser un ingeniero brillante» sigue recordando Norma B. *«Creo que hizo 4º y 5º año con la misma carpeta negra sin forrar que llevaba como único elemento a la escuela, de esas comunes de tres ganchos... De un lado tenía la foto del «Che» y atrás otra de Fidel Castro».*

«Se destacaba por lo educado y respetuoso, era una característica notable en él» (sic). Es notable me repito... así lo recuerdo y así hablan de él todos cuantos lo conocieron. «Nunca lo vi enojado, era dado, abierto», recuerda Norma con aprecio y me dice también que le gustaba la música por lo que era el promotor de las serenatas que por entonces, se ofrecían en las noches previas al Día del Estudiante en casas de compañeras y profesoras. La vida del estudiante en el pueblo era entretenida, con fiestas, reuniones en alguna casa, charlas, guitarreadas... El Flaco era particular, podía ser divertido y a la vez, silencioso, tranquilo, de «perfil bajo» como decimos ahora. Nunca le daba importancia a las apariencias, era auténtico. Tuvo amigos y novias que hoy lo recuerdan con mucho afecto...

Una amiga de entonces, Norma S., recuerda: *«Nos reuníamos varios en casa de noche a guitarrear y jugar a las cartas. Con su guitarra conquistaba a todos. Era una persona dulce, contenedora... Quería ser profesor de Historia. Era sencillo, nada «careta», tenía aversión a los milicos, a la cosa impuesta... Le costaba tener plata pero no le importaba. Le gustaba compartir. Viviendo en La Plata estaba con compañeros que eran organizados, unos muchachos macanudos, como él. Nunca se emborrachaba ni supe que consumiera drogas, su interés estaba puesto en la defensa de libertades...*

Nunca supe de su compromiso político real, aún cuando me visitaba en Bs. As., no hablábamos de dónde venía ni a dónde iba, no hablábamos de política, creo que era su manera de cuidarme.»

Me pregunto qué pensábamos, cómo fue que nos llegó la realidad y las noticias del mundo más allá de la rotonda del pueblo y nuestro sencillo vivir... Sin televisión, sin internet ni celulares... En medio de ese ambiente divertido y calmo de una comunidad chica, en la «calma chicha» de las siestas... Acudo a los amigos de entonces, a los libros, revistas y recuerdos. La intención es poder dar alguna de las interpretaciones posibles de la época compleja que nos tocó vivir... Poder contar a los que vinieron atrás la senda por la que tomaste y el escenario que te rodeó...

¿Cuál era ese tiempo?...

A finales de la Segunda Guerra Mundial y ante una Europa desbastada, Argentina buscaba su espacio y expansión. El gobierno de Juan Domingo Perón, elegido democráticamente en 1946, con el apoyo del movimiento obrero, logró creciente adhesión popular desde una posición alternativa a las dos potencias triunfantes de la guerra basado en las ideas de «soberanía política, independencia económica y justicia social». Gracias a la política de incluir importantes sectores sociales a la producción y el consumo y a otorgar derechos sociales históricamente postergados, el gobierno y particularmente el Presidente y su esposa, la Sra. Eva Duarte de Perón, tempranamente fallecida, alcanzaron una fervorosa y leal popularidad en los sectores de más bajos recursos de Argentina.

En contra de esta política, las Fuerzas Armadas derrotan al peronismo con un golpe de Estado en 1955 y a partir de esto como ya había sucedido y sucedería en el país con otros gobiernos democráticos, muchas de las libertades y conquistas de los trabajadores quedaron suspendidas.

La relativa expansión económica alcanzada en la segunda mitad de los años '50 y '60 con la radicación de empresas multinacionales en Latinoamérica en combinación con políticas desarrollistas de los gobiernos locales permitió sin embar-

go, cierto recupero en los índices de empleo y mejoras de salario real y el bienestar de la población en general.

Los años '60 fueron años de renovación cultural con la producción de profundos cambios que afectaron los hábitos, las costumbres, los gustos de los ciudadanos del mundo y nuestras vidas aún en el pueblo chico. Nuevas pautas de comportamiento y tendencias nos marcarían la juventud trascendiendo las fronteras en un entrecruzamiento cultural único: el hippismo, la liberación sexual, novedades en el diseño, nuevas técnicas de publicidad y penetración de mercado para el aumento del consumo, etc., nos introducía en las nuevas corrientes mundiales. Puertas adentro de cada sociedad más allá de las diferencias de clase, surgieron subculturas que fueron distinguiéndonos por el gusto musical, en el vestir, en la forma de consumir, el modo de relacionarnos y congregarnos. Fue un período marcado por rebeldías y participación en la vida pública, en el que la juventud fue adquiriendo mayor poder y expansión. Esa transformación fue trasladándose paulatinamente a los pueblos del interior.

El aumento en el consumo de bienes y servicios y el incipiente desarrollo industrial de esa época generó una creciente demanda de formación técnica y profesional de los jóvenes que precisaría el desarrollo industrial. A su vez, la relativa movilidad social ascendente de muchas familias por esos años, posibilitó el acceso de sus hijos a la Universidad, ámbito vedado para muchos hijos de los trabajadores hasta entonces. Con la creación de nuevos centros de estudios y universidades en las principales capitales del país comienza un nutrido aumento de la matrícula universitaria en todo el territorio.

El intercambio cultural entre pequeñas y grandes ciudades del interior fue dándose con la creación de institutos de formación terciaria que se iniciaron con docentes universitarios; renovándose y enriqueciéndose con la profusa divulgación literaria que se dio en América Latina la que daría cuenta de los hechos y diferentes tendencias de entender la cambiante y convulsionada realidad.

El boom de la novela latinoamericana y ensayos que reflejaron la cadena de injusticias y profundos escenarios lati-

noamericanos como en *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon, la visión de Paulo Freire en la educación, *Las venas abiertas de América Latina* de E. Galeano, la teoría de la dependencia, la teología de la liberación en la iglesia católica, el tercermundismo, el psicoanálisis, el marxismo, el maoísmo, las lecturas de escritos de Perón y otros políticos nacionales e internacionales, todo ello hallaría eco en los jóvenes lectores y estudiantes argentinos para entender las contradicciones del sistema político, social y económico y hallar caminos a seguir en la prosecución de una realidad más justa.

Las experiencias revolucionarias del siglo, la más cercana, la cubana, el «Mayo Francés», la insurrección de los mineros en Bolivia, la organización política de la izquierda Tupamara de Uruguay, la derrota de EEUU en Vietnam, las luchas de liberación antiimperialistas en el mundo y la radicalización de los movimientos de masas, iban a influir decididamente en nuestra sociedad.

Al mundo más allá de nuestro medio provinciano... Allá fuimos...

Como la mayoría de los hijos de familias de clase media, el «Flaco», sobrenombre con el que se lo recuerda en Lincoln, se plantea seguir estudiando y capacitándose para ese país del futuro que, con una industria en desarrollo, debía «despegar definitivamente». La capacidad personal y la orientación paterna llevan a Nereo a la Universidad para comenzar a cursar la carrera de Ingeniería Mecánica. Con ese fin, en 1967 se va a vivir a La Plata (Bs. As). En febrero de ese año cursa el Ingreso a la Facultad de Ingeniería. Antes de terminar el Curso, los profesores le comunican que se lo dan por aprobado. «*Oswaldo terminaba los ejercicios antes que todos y daba los resultados apenas los exponían los profesores, era brillante*» coincide otra amiga, M.I.

Los vínculos con el pueblo se hacen más espaciados hasta que años más tarde la familia regresa a residir en Junín y ya Nereo vuelve pocas veces a Lincoln. Quedan amigos y ex compañeros con los que se ve de vez en cuando y lo recuerdan por sus charlas, su guitarra y canciones de protesta. Su aspecto

sencillo y sin preocupación por las apariencias. Así, en ese recuerdo tan lleno de afecto, seguirá estando entre nosotros...

Voy desandando esa edad de mil cuestionamientos, inquietudes, decisiones, indecisiones, temores y sueños. De rebelión al descubrir que no todo era semejante y quieto... Más allá sucedían cosas que influían en nuestro cotidiano vivir, nos iba cambiando la forma de conceptualizar la vida... ¡tanto para pensar!... El espíritu emancipador no tiene límites, las causas son imperativas y en ellas la vida se juega para muchos jóvenes hombres y mujeres. Hay un camino, una lucha, una bandera... la del «hombre nuevo», el que no se doblga, el que da todo por la causa justa y liberadora. El interés de su pueblo hecho carne en el militante que lucha por un mundo mejor.

Ibas definiéndote, buscando el camino... asumiendo nuevas responsabilidades...

Los pasos me llevan al lugar que caminaste, a otras calles con frondosos tilos, a las paredes donde escribiste tus consignas de lucha, a otros barrios... a los compañeros que conociste, a la acción militante con el empeño y la convicción firme... Los ayudaste, quisiste y protegiste...

La Plata, ciudad elegida por muchos jóvenes estudiantes del interior y de países vecinos, Bolivia, Perú, Paraguay, constituía no sólo un centro de estudios de excelencia sino que reunía una densa trama poblacional con las localidades aledañas, industriales y productivas.

La «ciudad de las diagonales», ubicada a menos de 60 Km de la ciudad de Buenos Aires, resultaba un lugar ideal para albergar a la juventud. Sus calles, sus plazas, sus facultades y demás ámbitos estudiantiles propiciaban fácilmente el encuentro. Al comedor universitario de muy bajo arancel, ubicado en las calle 1 entre 50 y 51 concurrían miles de estudiantes en el almuerzo y a la hora de la cena momentos en el que transcurrían muchas asambleas y exposiciones de los dirigentes de las organizaciones de diferente extracción política que militaban en la Universidad.

En ese tiempo, el contexto social y político argentino iba complejizándose a medida que el movimiento obrero cada vez

más organizado y combativo hacía frente a la represión y las medidas antidemocráticas del régimen militar de Onganía (1966-1969). La dictadura intervino los gremios más importantes (Unión Obrera Metalúrgica, textiles, ferroviarios, etc.), encarceló a dirigentes sindicales, suprimió el derecho de huelga, estableció el arbitraje obligatorio y desarrolló políticas de fragmentación sindical, en la Universidad debutó con la conocida «Noche de los bastones largos».

Obreros y estudiantes protagonizaron movilizaciones manifestando el descontento en numerosas ciudades del país - tal como expresa Pigna: *«... En Corrientes, Rosario y Córdoba, donde existía una estrecha relación entre los estudiantes y los obreros de las grandes fábricas instaladas en el cordón industrial, ya que muchos trabajadores estudiaban en la Universidad. Este hecho, sumado a la constitución de un movimiento obrero muy combativo, surgido con posterioridad al peronismo, al calor de las corrientes de ideas revolucionarias de los años '60, llevaron a que el proceso de politización creciera notablemente tanto en las fábricas como en las facultades.»*

Los enfrentamientos con las fuerzas represivas del Gobierno (El Cordobazo, el Rosariazo, el Tucumanazo) ponían en evidencia la necesidad y urgencia de organizarse para dar salida a la difícil situación política y social por la que se atravesaba.

El peronismo proscripto venía experimentando desde 1955 una resistencia sistemática a los gobiernos antide-mocráticos. Los obreros peronistas estaban agrupados en organizaciones sindicales que en su mayoría tenían dirigentes burócratas y una juventud que con las luchas fue radicalizándose cada vez más. Ambos sectores, en contacto con su líder, el Gral. Perón, radicado en España desde su derrocamiento y proscripción, disputaban el reconocimiento del conductor y un espacio de poder dentro del movimiento.

Entre 1968 y 1970 se divide la CGT (Confederación General del Trabajo de la República Argentina) en CGT de los Argentinos, cuyo secretario era Raimundo Ongaro, con tendencia antiimperialista, antiburocrática y combativa y la CGT

Azopardo, dirigida por Augusto T. Vandor (del poderoso gremio metalúrgico U.O.M.) que recogía la tradición peronista cuyas dirigencias se fueron burocratizando y jugando un rol con cierta independencia de Perón. Esta división, fue reflejo de las luchas que se venían protagonizando y de las distintas posturas sindicales frente al poder militar.

Para entonces, pequeños grupos armados identificados con la Revolución Cubana y los proyectos de liberación revolucionarios en Latinoamérica tuvieron su influencia en sectores de la juventud argentina. Así surgieron las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) desprendimiento del Partido Comunista Argentino y las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) grupo surgido bajo el liderazgo de Envar El Kadri. Otros grupos peronistas de origen católico nacionalista fueron fundadores de Montoneros y una división de militantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores de orientación trotskista, bajo la conducción de Roberto Santucho, fundaron el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). El proyecto guerrillero suponía alcanzar la toma del poder por parte del pueblo y los trabajadores. Para ello se planteaban la organización de un ejército popular armado que lo concretara.

Los gobiernos militares sucesivos fueron tornándose cada vez más débiles e inestables ante la presión social que ejercían las movilizaciones (a Onganía lo sucedió R. Levingston y a éste A. Lanusse) lo que motivó que buscaran una salida a la conflictividad dando una apertura democrática. Todos los partidos nacionales vieron la oportunidad de participar, saliendo de la larga veda política, en las elecciones que se llevarían a cabo en marzo de 1973.

Al mismo tiempo, la consigna en el peronismo «Luche y Vuelve», movió a centenares de jóvenes que pedían el regreso de Perón y su restitución al Gobierno.

Para la participación en esas elecciones, el peronismo logró reunir a diferentes tendencias y llegar al armado de listas incluyendo a diferentes sectores sociales, políticos e ideológicos. Con acuerdos electorales difíciles y precarios, Héctor J. Cámpora, un político peronista nacido en Mercedes, pcia. de Bs. As., delegado personal de Perón desde 1971

y conocido como «El Tío», llega a la Presidencia de la Nación con el Frente Justicialista de Liberación (FreJuLi). Durante el período escaso de 49 días que duró su mandato, se llevaron adelante una serie de decisiones políticas relevantes como fueron los cambios de mandos en las Fuerzas Armadas, la liberación de los presos políticos de la cárcel de Villa Devoto, la reanudación de las relaciones diplomáticas con Cuba y la designación del gabinete de ministros: José López Rega como ministro de Bienestar Social, Jorge Otero en trabajo, Esteban Righi como ministro de Interior, Jorge Taiana en Educación y José Ber Gelbard como ministro de Economía.

El 20 de junio de 1973, Juan Domingo Perón regresa al país y tiene lugar la llamada «Masacre de Ezeiza» donde en una emboscada de la derecha peronista desde el palco de honor, se disparó a una multitud de jóvenes y familias que participaban del esperado recibimiento a su líder, con el resultado de varios muertos y cientos de heridos.

El 13 de julio de ese mismo año, la fórmula electa de Héctor J. Cámpora - Vicente Solano Lima, Presidente y Vice, renuncia a los cargos para dar lugar a la asunción de Perón a la Presidencia y a su esposa María Estela Martínez como Vice tras un nuevo llamado a elecciones.

Un acuerdo social propuesto por el líder intentaría la concertación entre la representación obrera a través de la Confederación General de Trabajadores (CGT) y el empresariado reunido en la Confederación General Económica (CGE). El caso es que ese proyecto a nivel nacional, no se vería sostenido por el propio Movimiento Peronista pues sus tensiones internas estaban lejos de garantizar la armonía que se buscaba.

«Las mismas fórmulas gubernamentales contenían o estaban atravesadas por las líneas divisorias que zanjaba al propio peronismo. Es decir, mientras los vicegobernadores respondían a sectores vinculados a la línea ortodoxa y verticalista del peronismo, agrupados bajo el calificativo de «la derecha peronista», en la figura de los gobernadores confluyeron las vertientes peronistas más vinculadas a los sectores radicalizados y de la izquierda peronista». (E Salas).

La conspiración de los vicegobernadores que finalmente desplazaría a los gobernadores Bidegain en la prov. de Bs As, Obregón Cano en Córdoba y Martínez Vaca en Mendoza, fue acompañada por la movilización de las policías provinciales, brazo armado de la burocracia sindical encaramada en el poder. Una lucha entre «leales y traidores» va abriendo las aguas entre ambos sectores del movimiento y el desplazamiento de los «leales» es entendido desde el Peronismo Revolucionario como un desplazamiento del programa de liberación y del pueblo peronista en el gobierno al que sentían representar. El movimiento obrero «columna vertebral del peronismo», debía tener el 50% del poder del gobierno y eso, no estaba sucediendo. El movimiento obrero debía jugar el rol de conductor en el proceso para llegar al «socialismo nacional». Lo que se puso en evidencia al regreso de Perón es que su proyecto para el país y el que Montoneros venía planteando desde su militancia y su revista *El Descamisado*, no era el mismo. En este órgano de difusión y debate, la organización venía cuestionando medidas del gobierno. Acaso sea ésta una de las razones por las que a pesar de recuperar la democracia, no depusieron las acciones armadas.

El 12 de octubre de 1973, cuando asume Perón el Gobierno Nacional, las FAR se fusionan con Montoneros definiéndose el núcleo hacia la completa militarización. Esta tendencia iba adquiriendo un crecimiento exponencial con miles de jóvenes militantes que declararían abiertamente la guerra a «los traidores» con el objetivo de recuperar el poder al lado del pueblo y avanzar hacia el Socialismo Nacional.

Repaso este momento histórico sin más detalles, para explicar cómo es que el Peronismo Revolucionario, tendencia más radicalizada que reunía a organizaciones obreras y estudiantiles, protagonista de la larga lucha en la resistencia y el regreso del líder, se separa cada vez más de la posición de Perón, del Partido Justicialista y del Pacto Social.

Tal vez estas circunstancias puedan mostrar el camino recorrido por Nereo y miles de jóvenes que desde diferentes sectores sociales fueron partícipes de un movimiento con posiciones políticas tan contradictorias como las que se dieron

en el peronismo por esos años así como su grado de compromiso y lealtad a la causa.

Tu vida en La Plata...

Cuenta Eduardo G. que por la relación del padre del «Flaco» con la Iglesia Metodista, colaboró personalmente para ubicar a muchachos de Lincoln y Junín en las residencias estudiantiles que esa Iglesia tenía en La Plata. *«De esa manera me ayudó, me dio la oportunidad de seguir estudiando cuando no tenía posibilidad económica de pagar una casa, aun sabiendo que yo no era religioso»*. En su testimonio J.LT., dice: *«Era bueno y solidario como toda su familia»*.

De esos años habla Jorge Gauna, un amigo y vecino común de la vida en Lincoln y luego en La Plata:

«Hace unos 10 años, en oportunidad de ver la película «Diario en motocicleta», a unos 30 minutos de comenzada se comenzó a fusionar en mi cabeza la imagen de Nereo (apodo - nombre con que se lo rebautizó en La Plata) con la de Gael García Bernal que representaba al joven Ernesto Guevara Lynch, en la película que relata el viaje de Ernesto con su amigo Alberto Granados por Sudamérica en los años '50. Nos muestra una transcripción épica de la transformación que transcurre en la mente del joven rosarino y que comienza a complejizarse y a construir una nueva identidad. Es la etapa embrionaria donde se está gestando el futuro «Che», dejando atrás a Ernesto, el tímido chico asmático que residía en Córdoba y comenzando a enterrar los hábitos burgueses en que se crió. La toma de conciencia social del mundo que se le presentaba ante sus ojos, comienza a metamorfosear su pensamiento. Esto lo ayuda salir del «cascarón» familiar y social que lo contenía y vira hacia un camino comprometido solidariamente para combatir las injusticias que va conociendo en su trayecto. Dejando de lado la continuidad del derrotero posterior del joven estudiante de Medicina, no puedo más que expresar que en otro contexto y otra dimensión pero con el mismo final, el proceso de transformación es significativamente semejante al que operó en Nereo

en su «Viaje a La Plata». Este ejemplo es muy repetible en aquellos finales de la década del '60 y los '70, pero hay matices de la personalidad de ambos que me llevó a sobreponer sus imágenes a partir de un paralelismo de procesos, casi perfecto. Esta comparación sirve a modo de una rápida semblanza de los últimos años de un gran tipo, *DESAPARECIDO POR LA DICTADURA*, que lamentablemente la mayoría de mi pueblo acogió en silencio pero con agrado, aunque sin la efervescencia del '55.

Al «flaco» lo conocí en el barrio (en Lincoln) en los primeros años de la década del '60. No fue mi amigo íntimo en los términos que conocemos comúnmente. Fue algo así como un amigo de nuestras intimidades sin encuentros frecuentes, pero con continuidad ininterrumpida. Era algo así como el amigo del silencio. Sin fiestas, sin estridencias. Poco adepto al ruido social como todo ser de personalidad retraída, sin embargo, su grado de aceptación social (especialmente femenina) era muy elevado. No sé cómo, pero en algún momento iniciamos una amistad sincera, pura, de pocas pero justas palabras, como era su estilo. Pocos lo saben porque no compartíamos encuentros sociales, ni cotidianos, pero sí profundos diálogos para lo que puede esperarse de chicos de 16/17 años. Para mí los encuentros, casi siempre sentados en el escalón de entrada a su casa (Moreno al 150), eran como un oasis. Nada de fútbol, algo atípico para mí. Sin marcar límites tajantes yo diría que era un amigo para conversar temas diferentes a los que manteníamos a diario los grupos que nos juntábamos alrededor del mástil de la plaza. Solo con él y alguna excepción más podía «bajar» dos cambios y mostrarme tal cuál era, algo muy diferente a la «puesta en escena» que desarrollaba en aquellos años, por razones que acá no tienen lugar. Hablábamos del presente gris que considerábamos que transitábamos en esos días, del futuro difuso que se avecinaba y otros temas más mundanos propios de nuestra edad.

Pero la idea de abrir las alas estaba siempre presente.

Otra particularidad era que nos citábamos para salir en bicicleta tardes enteras, a los médanos del cementerio, a

Balsa, y hasta intentamos la aventura de llegar a Junín, cuando aún el camino era de tierra... ¡ni a Laplacette!

Con Osvaldo jamás hubo un atisbo de discusión o desencuentro, sólo había lugar para conceptos que podríamos calificar de temprana reflexión, que quedaban fuera de lugar al menos en los ámbitos que yo frecuentaba. Él era más auténtico y su actitud no cambiaba en ninguna circunstancia... Con los años estas diferencias se vieron reflejadas. Ninguno de los dos estaba cómodo con la situación que nos tocaba vivir. Tenía preferencia por la arquitectura, a partir de la increíble facilidad que poseía para dibujar. Una noche de verano ('66 o '67) me cruzó en la plaza y me dijo: - Loco, me decidí. Me voy a La Plata, te espero, no seas ca... Abrazos, augurios... Con estímulo a mí no me alcanzaba... Un año después, me largué y nos reencontramos en «la soñada nueva vida».

Al regreso del Servicio Militar en marzo del '69 y luego de un 1er año cobijado por amigos y un 2do en la Colimba, con «gasol» para 2 meses recurrí a mi amigo. Solidario como siempre me ubicó en un Albergue Estudiantil de la Iglesia Metodista, religión que profesaba su familia, y me dio el oxígeno necesario para retomar la marcha. Compartí habitación durante dos años con R. A. (también de Lincoln). Esta ayuda me cambió la vida. A partir de ahí comenzamos a vernos con mucha más frecuencia, pero a su vez los caminos se fueron haciendo divergentes. Él fue priorizando la militancia política. Me hubiera gustado seguir su camino (algo que después logré hacer, cuando hice pie). El hecho de que yo priorizara recibirme y luego sí militar intensamente, nos separó aún más cuando él se fue a vivir a otro lugar afín a su compromiso militante. Para peor si bien militábamos ambos en la J.U.P. (Juventud Universitaria Peronista) lo hicimos en agrupaciones distintas, que luego se unieron en el '74 cuando yo ya estaba ejerciendo en otro lado.

La desaparición de NEREO y su pareja me llegó tiempo después a través de un amigo común. Me dolió muchísimo, pero no me sorprendió, porque sabía lo que estaba pasando, fundamentalmente en La Plata. Perdimos un tipo con FUER-

TES CONVICCIONES, SOLIDARIO, FIEL, DE VOLUNTAD INQUEBRANTABLE, Y AUNQUE PAREZCA UNA EXAGERACION: IRREPETIBLE.» (Sic)

Nereo ingresa al Frente de Agrupaciones Eva Perón (FAEP) siendo estudiante de Ingeniería y a pesar de ser buen alumno, sus intereses personales y políticos iban por otra senda... Abandona la carrera para comenzar a estudiar Historia en la Facultad de Humanidades de la UNLP, un centro de estudios y de fervientes debates políticos.

El FAEP, fue una escisión de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN) y si bien tenía presencia en la Universidad no participaban en los centros de estudiantes ni en la política universitaria. Estas agrupaciones en 1972 se reivindicaban cerca del «pueblo peronista», adherían a una postura más radicalizada y fueron parte de Juventud Universitaria Peronista (JUP) en 1974.

Desde los '70, los barrios de trabajadores de tradición peronista, que conservaban de otros tiempos la red de solidaridad y organización vecinal, abrirían sus casas para recibir a estos jóvenes militantes que a mediados del '72 y hasta el '75 llevarían adelante su accionar en lo que llamaban «territorio».

Por simpatía con las organizaciones guerrilleras, adherirían y articularían prontamente con Montoneros volcando su acción política a las Unidades Básicas abiertas en la periferia platense.

El trabajo barrial detonaría en la movilización de los vecinos reclamando recursos de infraestructura: agua, cloacas, asfalto, gas... Tierras para construir casas para trabajadores y sectores más desposeídos.

Estas reivindicaciones encontrarían eco además, en un activismo sindical desencantado de las anquilosadas direcciones burocráticas y en la «identidad peronista» que se mantuvo a pesar de los años de proscripción en la resistencia.

Nereo llega al barrio Villa Nueva de Berisso, localidad contigua a La Plata, como militante del FAEP.

Busco tus pasos ahí donde dicen que estuviste... A la hora de comenzar a contar de tu vida me dije: algo, alguien hablará de vos... Las redes me

hacen más fácil la búsqueda y descubro que un grupo de estudiantes secundarios con sus profesoras hurgaron en la memoria barrial y te descubrieron, también a tus compañeros. Allá voy y encuentro su obra y más...

Son los alumnos y profesores de la Escuela de Educación Secundaria N° 2, «Francisco P. Moreno» de Berisso que participan en el proyecto provincial de «Jóvenes y Memoria». Ellos trabajaron con enorme entusiasmo y cuentan que en la colocación de las baldosas, convocaron a familiares, amigos y ex compañeros de militancia de los desaparecidos.



También me dicen que alguien está muy cerca con recuerdos, llevando adelante lo que ustedes iniciaron y más... Así llego a «Pelusa»...

Ella es una compañera de militancia y vecina del barrio Villa Nueva, Miriam «Pelusa» Larrañaga, la que recuerda:

«Cuando Nereo y los chicos llegaron al barrio, allá por agosto, septiembre de 1972, mi padre, viejo peronista, los recibió con los brazos abiertos. Ellos caminaban Villa Nueva visitando a los vecinos puerta a puerta. Tuvieron buena recepción y al poco tiempo ya eran del barrio.

Para el 17 de octubre movilizamos dos colectivos. Entre los muchachos que militaban en el barrio recuerdo a Raúl, Roque, la flaca Alicia, Susana, Mercedes...

Nereo y Mercedes Maiztegui eran los referentes del territorio y grandes compañeros. Dentro del FAEP estaban en la Agrupación 17 de Noviembre por el '72 y '73...

Cuando Bidegain llega a la gobernación se consiguiéron materiales para hacer muchas obras en el barrio. Gracias a la movilización de los vecinos con el apoyo de los muchachos se construyó un puente y se hizo el extendido del agua corriente, tenemos el agua gracias a la Juventud Peronista. Desde la Unidad Básica se atendían las necesidades sociales personales y colectivas. Se daba ayuda escolar y se hacían festivales culturales con los chicos del barrio.

Con parte de lo obtenido en el secuestro de los Born se trajo mercadería para repartir entre los vecinos. Se alquiló un depósito y se salía de ahí con ropa, yerba, aceite. Todo lo que se producía en las empresas de los Born.

Nereo tenía buena relación con todos, lo queríamos grandes y chicos... El hijo de Daniel D. M. se llama Nereo en honor a él...

Lo ocurrido en Ezeiza cuando la llegada de Perón fue un golpe muy duro que hizo mermar la participación. En ese momento Nereo ingresa como chofer en la línea de colectivos 202 que llega a Berisso. Siempre se viajaba gratis cuando iba él.

En esa época se empezó a hacer llamar Alfonso por cuestiones de seguridad. Supe que era el nombre de un abuelo suyo. Eran tiempos difíciles y cada vez venían menos por el barrio, por alguna reunión o a resguardarse en alguna casa, siempre encontraban solidaridad y había algún vecino que se jugaba por ellos.

Ya estaba en pareja con Manely (María Nélida Ramírez Abella). Ella militaba en la Unidad Básica «Liliana Gelin», también en Berisso y era parte de la Agrupación Evita. Vivieron algún tiempo en la calle Carlos Gardel hasta que tuvieron que irse a San Martín.

Recuerdo que antes de irse vino a saludarnos, en casa lo queríamos mucho. Le pidió a mi madre que le hiciera ñoquis, le encantaban... Todavía siento su abrazo prolongado pidiéndome que me cuide... Fue un hermano...» cuenta Pelusa

emocionada y con la misma convicción militante de aquellos días.

Hoy el barrio ha cambiado pero todavía continúan adelante emprendimientos de aquella época como el centro para niños que ella ayuda a organizar.

Después de trabajos diversos, en diciembre de 1972 Nereo ingresa como empleado al Ministerio de Obras Públicas de la provincia de Bs. As., Dirección de Vialidad, renunciando en junio de 1977.

Un ex compañero de militancia Jorge «Pampa» Álvaro, responsable político suyo en su paso por el FAEP en La Plata también lo recuerda:

«Nereo ingresó a la agrupación FAEP (Frente De Agrupaciones Eva Perón) en algún momento de la segunda mitad de 1971. Lo incorporó Carlitos Starita, como a casi toda la agrupación de la Facultad de Humanidades.

Rastreo mi cercanía y recuerdo haber tenido una charla con Starita (el Gordo Carlos).

Teníamos que hacer un cartel para poner en el comedor universitario (aquellos carteles verticales que hacíamos con tres hojas tamaño afiche pegadas por su borde más largo que escribíamos con el nombre de la agrupación arriba, un texto - proclama y un final con las consignas que caracterizaban a cada grupo. En este caso rematábamos con tres frases en mayúscula en renglones sucesivos: POR LA PATRIA - POR EL PUEBLO - POR PERÓN).

Seguramente en recordatorio de alguna fecha relevante en el calendario de nuestro universo político, los colgábamos en el comedor y en las facultades.

En FAEP sosteníamos que los carteles tenían que tener aspecto agradable porque si no los estudiantes no los leían (no creo que haya habido ahí precursores del marketing, más bien predominábamos los de arquitectura).

El tema es que había que hacer el cartel para el comedor, el más importante por la cantidad de gente que iba. Le pregunté a Carlos si en su agrupación (humanidades) no tenía algún buen letrista. «El mejor», me dijo.

Era Nereo. Hizo una belleza de cartel. Buen dibujo de letra, parejas y bien distribuidas. Quedó condenado a construir los carteles para el comedor durante todo el '72.

Nunca decía que no. Le pedíamos a veces tres por semana y respondía «traeme el texto».

Épocas heroicas en serio. Era cuando decíamos que no se podía militar si no leíamos todas las mañanas el diario. «Un militante sin información no es un militante» era la consigna. Cada uno ponía una pequeña cantidad de plata todos los meses, cada facultad rendía cuentas y anualmente el secretario de finanzas resumía en una especie de comprensible balance. ¡Qué no hubiéramos hecho con un plotter; teléfonos celulares y computadoras!

Muy agitado el '72. El comedor estuvo un tiempo cerrado porque en una refriega los milicos rompieron los vidrios a fuerza de lanzar bombas de gas lacrimógeno. Se ponía duro el tema de la comida. En esos días tuve el trato más intenso con Nereo.

Él vivía en unos departamentitos que estaban al fondo de la calle 47 (popularmente conocidos como «conejeras» por su tamaño), compartía el alquiler con un compañero de Económicas (era de Urdinarrain, Entre Ríos). Nunca supe su nombre, pero le decíamos «el siciliano» por su aspecto, forma de vestir. Me hacía acordar a un personaje de la película «Los Compañeros»). Se llevaban muy bien. Los dos eran tipos siempre dispuestos, responsables y muy serios con las responsabilidades que asumían.

Comíamos casi todos los días filet de merluza con papas fritas. Con dos mangos.

Para esa época Nereo encontró un trabajo bastante singular: lustrar placas en el cementerio.

En el verano '72 - '73 dejamos de vernos. Yo me fui a Mar del Plata a trabajar de mozo. Volví a La Plata el 11 / 3 / 73. Encontré varios cambios en la agrupación. Habíamos abierto el «frente territorial» y algunos compañeros pasaron a militar en los barrios. Nereo entre ellos.

Le pedí una última gauchada.

En una proclama de Montoneros yo había leído una frase que me encantó: «APOYO A LOS LEALES - AMASIJO A LOS

TRAIDORES». Había una pared virgen frente al comedor (1 y 50), le tiré el desafío: ¿no te animás a pintarla?, mirá que es muy larga y hay que distribuir muy bien las letras.

El lunes estaba hecha. Una obra de arte. En silencio. Estuvo muchísimo tiempo visible. Le llevó todo un sábado hacerla. Hay que recordar que a la vuelta está el departamento Central de la Bonaerense.

Lo vi poco a partir de esos días. Seguramente en las movilizaciones, un acercamiento, alguna frase afectuosa, una palmada en la espalda y no mucho más. No preguntábamos mucho ni contábamos más de lo necesario.

No sé cómo cayó, me enteré una década después.

No recuerdo mucho más y estas frases delatan más aspectos sentimentales que los vinculados a la épica de cada uno (que seguramente la hubo). Pero son útiles a la hora de humanizar el recuerdo de los que cayeron. Sigo pensando que éramos demasiado humanos...»

Joven, comprometido con la realidad que vas viviendo, apasionado al punto de jugarte todo en la entrega...

En agosto de 1974 Nereo se casa con su compañera de vida y militancia, María Nélide Ramírez Abella, una joven platense. La conoce a través de una compañera de la facultad de Humanidades, ayudándola en Historia cuando ella preparaba exámenes finales libres del último año de la escuela secundaria, que había perdido por haber pasado un año en Estados Unidos.

Al poco tiempo, ambos estarían militando en agrupaciones peronistas.

María Nélide, conocida como «Manely», era unos años menor que Nereo. De inquietud y capacidad notable para los estudios según la recuerda su padre, don Carlos Ramírez Abella, un abogado penalista que ya en los años '70 defendía a víctimas del Estado represor y luego fue fundador de la Asamblea Permanente por los Derechos del Hombre en su ciudad. Los Ramírez Abella provienen de una familia de larga raigam-

bre en la ciudad de La Plata y don Carlos con sus 90 años relata tiempos de bienestar y de profundo dolor que vivió su familia. Como miles de familias en nuestro país, seis de sus jóvenes miembros, todos militantes, fueron muertos y desaparecidos durante la última dictadura militar.

Nereo y Manely tendrán una corta residencia en Berisso. Él ingresa a la línea de transporte urbano 202 que como entonces une La Plata con esa localidad. El trabajo territorial que ambos desarrollaban en distintos barrios fue restringiéndose a medida que la situación política se cargaba de riesgos y la organización que los respaldaba, Montoneros, decide el paso a la clandestinidad.

Oscuras nubes fueron poblando nuestro horizonte, cercándonos, condenándonos hacia otros espacios para seguir viviendo... El riesgo y la muerte dejaron de ser metáfora... La estrategia nos hubiese unido aunque concibiésemos distinto el modo pero ya no hubo tiempo de debate... el tiempo era corto y urgente el objetivo...

Con el asesinato de José Ignacio Rucci Secretario General de la central de trabajadores (CGT) en septiembre del '74, Perón decide enfrentar a los sectores de izquierda y a las organizaciones pro - guerrilleras del peronismo. Una de las medidas que toma el Presidente fue nombrar Comisario General de la Policía a Alberto Villar, conocido represor, que había sido pasado a retiro durante el gobierno de Cámpora y reúne a ministros, gobernadores y funcionarios con el objetivo de poner freno al accionar «subversivo». El comisario Villar y José López Rega, Ministro de Bienestar Social, son considerados por entonces los responsables de la formación de la «Triple A», (Alianza Anticomunista Argentina) grupo paramilitar de ultraderecha destinado a atacar las expresiones de izquierda y sus protagonistas. Así comienza una escalada de secuestros, violaciones y ejecuciones de familias enteras, militantes populares, dirigentes obreros y estudiantiles, artistas, intelectuales y religiosos a lo ancho y largo del país.

Por su parte, la organización Montoneros, que no había abandonado sus acciones armadas contra quienes ellos defi-

nían enemigos del campo popular, ajenos a los intereses revolucionarios, decide contraponer a las decisiones del líder y del accionar cada vez más violento de la Triple A, el pase a la clandestinidad en el mismo mes de septiembre. Así muchas de las estructuras políticas de superficie quedan en descubierto y en riesgo. No menor sería el que correrían quienes decidieron el camino de combatir.

La confrontación entre el Presidente y Montoneros desde 1973 y 1974 había sido un punto de ida sin retorno de la organización en el Movimiento Peronista. Perón muere en el último año y lo sucede su esposa y vicepresidenta, María Estela Martínez secundada por el ministro y secretario personal, José López Rega.

Un año después, Montoneros es declarada ilegal por el Gobierno así como todas las tendencias cercanas a la organización y sus publicaciones.

Las distintas agrupaciones del peronismo radicalizado y de la izquierda toman algunas medidas de seguridad para preservar a sus militantes. Por las calles de las principales ciudades del país, podían verse circular automóviles con personas mostrando ostentosamente armas largas en total impunidad. Las muertes de dirigentes y militantes obreros y sociales se multiplicaban.

De acuerdo al relato de E. Salas (El debate entre Walsh y la conducción Montonera...): *«Durante 1975 los frentes de masas de Montoneros, ya semi clandestinizados, fueron progresivamente militarizados y transformados hacia fin de año en milicias con un vago entrenamiento insurreccional; muchos militantes fueron trasladados desde los frentes políticos para realizar diversas tareas logísticas en electrónica, fabricación de armas, apoyo de combate, etc.»*

Ese desarrollo operativo, sin embargo, se realiza con alejamiento de las bases territoriales y de la población que los había acompañado y protegido de múltiples formas. La sociedad asiste a los acontecimientos como espectadora no participe y continuará distante, aun compartiendo algunos de los objetivos políticos. El movimiento obrero, motor de muchos de los cambios y conquistas en el país, no siguió la iniciativa

militarista de Montoneros y otras organizaciones armadas. No era su estilo de lucha y la brutal represión que venían sufriendo sus dirigentes marcaba que había llegado la hora del repliegue aunque hubo poco tiempo para ello...

A partir de la muerte de Perón, desatada la pugna por la «sucesión política» dentro del peronismo, el accionar de la Triple A se aceleró. Para septiembre de 1974 habían muerto en atentados de esa organización alrededor de 200 personas con una nueva práctica, «la desaparición de personas».

Por su parte durante 1974 y 1975 la guerrilla multiplicó las acciones armadas con objetivos militares y civiles. Se desató entonces una verdadera escalada de violencia entre las organizaciones paramilitares de derecha y de izquierda dentro y fuera del peronismo.

A partir del 24 de marzo, con el golpe de Estado cívico - militar - eclesiástico la política de desaparición de la triple A tomó el carácter de modalidad represiva oficial con las consecuencias que ya conocemos: miles de desaparecidos, cientos de niños robados a sus familias y saqueadas las pertenencias de los capturados.

Desconocemos el compromiso y la participación del Flaco en Montoneros durante los últimos meses y aún durante el año y medio que sobrevivieron con su compañera al golpe de Estado.

Como recuerda Ramírez Abella, su suegro, cuando el riesgo fue aumentando y dos primas de Manely habían sido secuestradas a principios de 1977, muertos sus maridos y secuestrados los pequeños hijos de esas parejas -que azarosamente fueron recuperados por las respectivas familias- él mismo ofreció su ayuda a su hija y yerno para salir del país como una manera de protegerse. La respuesta fue contundente, a la pareja le resultaba imposible retirarse cuando tantos compañeros de militancia habían caído. Las conversaciones entre los jóvenes y los padres parecían nunca llegar a un acuerdo cuando los mayores intentaban persuadirlos alertándolos sobre los riesgos... *«Yo los ideales los defiendo con el cuero»*, habría dicho el Flaco una vez a su suegro. Y habrá sido así, con el mismo convencimiento de entrega como cuando siendo más

joven, también manifestó el deseo de ser sacerdote para dar su vida por los demás...

Nada más se ha podido saber de esos años... Por seguridad, también los contactos con su familia fueron espaciados y muy cuidadosos en ese tiempo.

Te vi por última vez un octubre del '76, nos encontramos casualmente. Otra vez en primavera... La vida de mi hijo mayor se anunciaba en mi vientre y te alegraste, los dos celebramos la vida. Sabíamos de las pérdidas, del horror de la muerte despiadada pero no hablamos de eso... Éramos tan jóvenes... y era todo tan duro, tan injusto...

Las plantas brotadas se llenaban de malezas envenenadas que nos tapaban el sol pero aún brillaban nuestras miradas. No sabías entonces que pronto vos también serías padre...

Arturo Depratti Ramírez Abella nació el 21 de agosto de 1977. Nereo y Manely vivían en algún lugar de la localidad de San Martín, provincia de Buenos Aires.



En diciembre de ese año la pareja y su bebé viajaron a Junín para festejar la Navidad con la familia paterna, sería la

última vez que verían a la pareja. Regresaron inmediatamente después a su hogar, recuerda Marta.

El 29 de diciembre las fuerzas represivas llegaron al domicilio y secuestraron a Manely con el bebé cuando regresaba de hacer compras. Por relatos de un vecino a su padre, él cuenta... *«Ataron a Manely y los metieron a la casa durante un rato, luego se los llevaron. En un camión celeste de la Marina cargaron todo lo que había, sólo dejaron una perrita, la «Picha», que fue alimentada en esos días por los vecinos hasta que nosotros la recuperamos.»*. También comenta Ramírez Abella las dificultades que tuvieron para reconstruir lo ocurrido al llegar a esa casa ya desierta. *«Los vecinos se negaban a atendernos y a hablar, sólo uno me llamó para contarme»...*

Ese mismo día en la vía pública en el partido de San Martín, secuestraron a Nereo. No hay registro de su paso por ningún centro clandestino de detención. Todos seguimos esperando que alguien de cuenta de su desaparición forzada y su destino final...

Hubo testigos que denunciaron el paso de María Nélica por la ESMA y su asesinato ahí mismo pocos días después... Era enero de 1978.

Los abuelos comenzaron a buscar al nieto secuestrado que tenía en ese momento cuatro meses. Los Ramírez Abella que ya habían recuperado ese año a cuatro sobrinos nietos: los niños Ramón y Leticia Baibiene Ramírez Abella y Roxana y Juliana Cassataro Ramírez Abella. Incansablemente, recorrieron Juzgados y Comisarías. Haydee Pérez de Ramírez Abella, madre de Manely y María Luisa Di Pierro, madre de Nereo desde Junín, ya estaban integradas a la Agrupación Madres de Plaza de Mayo. Por la cercanía, Haydee no dejó de concurrir a la Plaza un solo jueves y militó con dedicación, fuerza y compromiso hasta su muerte en 1995.

Sería ella quien recibió unos meses después del secuestro de su hija y nieto en 1978, el llamado de la Comisaría 1ª de San Martín, ¡había aparecido el pequeño Arturo! A cuatro meses de infructuosa búsqueda y reclamo en la Justicia y la Policía Bonaerense, el mismo tiempo que se repitieron las negativas... Don Carlos, era una persona reconocida en esos ámbitos por

su trabajo de abogado de modo que no quedaron puertas sin tocar en el reclamo. La presión de un contacto del abuelo dentro de la Justicia llegó a un alto jefe policial que intercedió para la aparición del niño. Sin magia ni confusiones, un Comisario de la Bonaerense se había apropiado de él y lo estaba criando una familia que nunca se conoció.

Desde entonces Arturo quedaría al cuidado de sus abuelos maternos y en contacto permanente con la familia paterna. Nada más se sabría de sus padres que el recuerdo permanente al que él recurre hasta hoy...

Les pedí encontrarnos y la cita fue en una confitería céntrica de La Plata. Me emocionó ver llegar a Arturo y su abuelo, don Ramiro, como le llaman todos a Ramírez Abella. Descubro rasgos familiares en el rostro del muchacho, se te parece, Flaco... Mientras ambos me hablan de sus vidas y la historia que los une, mis ojos se escapan por las vidrieras hasta las ramas llenas de hojas verdes de los tilos de la calle, son tan claras en esta época del año... Los escucho y pienso que una savia muy potente de amor y compromiso los recorre y los rescata a estos seres dolidos. ¿Cómo no imaginarte sentado ahí en esa mesa con nosotros?... y pienso de qué hablaríamos los cuatro. Es octubre y el aire huele fresco, lleno de vida... Sigo recuperándote...

Arturo me cuenta que es padre de Luca. Ya tiene que irse por compromisos con el programa de radio que tiene con sus compañeros de Periodismo, con su pareja y su militancia en Hijos de La Plata.

Pasan las horas muy rápido cuando don Ramiro me habla de su larga y conmovedora vida.

Las pérdidas se acercan y se alejan mezcladas con sus vigorosos y jóvenes casi 90 años... Inevitablemente hablamos de vos y su hija Manely recordando el desenlace incierto, cruel, en la bruma negra de aquella dictadura militar.

Me sorprendió tu desaparición como un disparo, una herida profunda y sin olvido, otra cicatriz de ausencia, imperdonable...

Me hubiese gustado tener tiempo para compartir, para la discusión política que nunca tuvimos y contarnos de nuestros días. Tener tiempo para

preguntarte tantas cosas, eso que hoy he ido hilvanando apenas en los recuerdos.

Nuestros hijos han crecido cada cual a su andar; entre sueños y fantasmas arman sus vidas... Y por eso también te busco, para contarte que a pesar de todo, el cielo se ha aclarado y se va llenando de sentidos sin olvido; ellos vuelven a tener como nosotros hace muchos, muchos años, la oportunidad de reír sin miedo en cada estación, a unirse y andar las calles haciendo visibles sus deseos, sus reclamos y sus sueños. El país todavía duele... hay tanto para cambiar... Una pregunta me queda sin respuesta siempre, ¿cómo es que seguimos sin derrotar el signo del maltrato, ese que regresa una y otra vez en la historia de los argentinos?

Acaso su juventud renueve la sangre y el desafío de no ser nunca más atropellados aunque lo pretendan. Ojalá, me digo... Ojalá... Ojalá no nos roben más las primaveras...

Tal vez, estos recuerdos y la esperanza lleguen a manos de otros que puedan agregar lo suyo y así seguir bordando esta trama que tanto nos pertenece a todos...



Arturo Depratti Ramírez Abella

Por Silvia Basañez